

complicidad con el mundo

por Juan Manuel Molina

El fundamental error de lectura que puede cometerse con cualquier novela de Juan García Ponce es pensar que el mundo que nos plantea está vuelto de espaldas a nuestro propio mundo. La verdad es que se trata de un mundo que le mete zancadillas al nuestro, que rompe los espejismos y disminuye la distancia que hay entre la realidad auténtica y nosotros. Es un mundo que nos acerca el mundo. Y en ese sentido las novelas de García Ponce son una apertura de ojos, una venganza de lo esencial contra lo aparente.

Sin duda, García Ponce se niega por principio a participar en el juego de las apariencias. Sus novelas no suceden en ningún lugar ni entre fechas inequívocas. Mejor: ocurren en un tiempo y en un espacio privados, de uso exclusivo. Captamos sus circunstancias más por omisión, más por lo que no se dice que por lo que se afirma. Los mismos personajes se van haciendo progresivamente inencontrables y, ajenos al papeleo social, tienden a identificarse únicamente como *él* o como *ella*.

Es cierto que Juan García Ponce nos niega cualquier superficie reconocible: se adentra de lleno y de una vez por todas en las esencias. De esa manera nos plantea un universo en el que a la realidad de los hechos no se le concede, de base, crédito alguno. Sin embargo, ese mundo, que no es el nuestro sino el propio suyo, el propio de García Ponce y de su arte narrativo, está vuelto hacia nosotros: perduramos en él por nuestras razones más profundas, por nuestras limitaciones y nuestras angustias esenciales, no por nuestras maneras que las manifiestan.

Este es uno de los rasgos de la extraña originalidad de García Ponce: su radical voluntad de recorrer el camino en sentido inverso. Porque García Ponce dice la locura a secas: en esa locura hemos de reconocer las formas concretas y condicionantes de la locura de nuestro tiempo, y no a la inversa.

La vida perdurable,* que puede y debe leerse de un solo golpe, pertenece al género de la novela corta, de la "beautiful and blest nouvelle", que dijo Henry James, cuyas exacerbadas desmenuzaciones nos la recuerda en ciertos momentos la finura de Juan García Ponce, preocupado siempre por los hilos menos perceptibles.

Nuevamente, en *La vida perdurable* García Ponce se mueve en la esfera de una

relación amorosa, entablada entre Virginia y un físico empeñado en resolver problemas puramente abstractos que él mismo se plantea, y a quien sólo conocemos como *él*.

La entrega corporal de Virginia se consuma casi de inmediato, con una sensualidad imperativa y con "una desconocida procacidad de la que no se avergonzaba en ningún momento y que ni siquiera parecía advertir". El problema queda planteado: de aquí en adelante el relato es la lucha sorda en la que el físico se empeña por lograr la absoluta entrega de Virginia, la cual fuera del ejercicio erótico siempre permanece un poco lejana, extrañamente ambigua y amparada en un sitio irreductible, en el que ella es a solas, sin su amante. En este sentido, *La vida perdurable* es un asalto, un intento de penetrar en un espacio negado.

Pero es también en este punto de la narración cuando en la casa del físico, un ámbito tan vacío y subjetivo como los problemas que se empeña en plantearse y que a veces resuelve, aparecen los perros. Los perros son más de tres, pero su número se extiende según la capacidad de cada lector.

En la segunda parte del libro, tras la muerte de la madre del físico, que más que morir se apaga con la tímida lentitud de quien quiere pasar desapercibido, Virginia pasa a vivir a la casa de quien ahora es su

esposo. Y aquí, mientras la presencia de los perros se vuelve progresivamente abrumadora, la novela entra en su dimensión verdadera. *La vida perdurable* se convierte en lo que es: un inquietante relato fantástico de factura gótica. En realidad, sólo después de leer la última frase del libro, fundamental para el significado total, se da uno cuenta de que acaba de transitarse por una de las historias de terror erótico más sutiles y desesperadas que se recuerden.

La figura de Virginia, inasible en algún punto por su amante anónimo, se hace en cada página más huidiza y vaporosa. Así, preso en el ámbito riguroso que se crea, perdido en la geografía oscura que sus problemas matemáticos configuran, el físico "veía también de pronto caminar por los corredores pasando de una habitación a otra o avanzando por ellos simplemente, a Virginia, que también parecía extrañamente ajena a la luminosidad neutra e impersonal del fin de la tarde y al mismo tiempo estaba envuelta por ella, de tal modo que su figura adquiriría más que nunca un carácter impenetrable y lejano, se hacía irreal en su misma materialidad y sus movimientos parecían realizarse en un espacio inaccesible". Virginia está ahí, pero en la palabra que no la contiene, en el abrazo erótico que no la atrapa. Su ser más verdadero participa de la esencia de recodos, de laberintos, de silencios. Está hecho de callarse mucho, de perfeccionarse inmensamente en la ausencia. De buscarse y perderse en el vacío de la entrega. De negarse y destruirse.

Hasta aquí, *La vida perdurable* permanece en los límites de la lucha desesperada en la que los amantes intentan poseerse y entregarse en una forma absoluta. Pero hay un contrapunto: a medida que Virginia se evapora la presencia de los perros se va multiplicando, hasta adquirir proporciones que los convierten, para el lector, en algo casi físicamente intolerable. De pronto la



* Juan García Ponce: *La vida perdurable*, México, Joaquín Mortiz, 1970. 135 pp. (El Volador).

casa se ve tomada por los perros, siniestros y constantes. Desde la llegada de Virginia, los perros han sido expulsados de la habitación del físico, en la que solían dormir, y ahora se rebelan oscuramente contra esa aplacación de sus poderes. En este estadio de la novela, Juan García Ponce insiste en que la realidad perdurable de los perros, de ese mundo huraño que permanece fuera del amor de los amantes, y que ellos quisieran negar, debe asumirse para que el amor llegue hasta sus límites extremos. Porque definitivamente el amor requiere de la complicidad con el mundo opaco que todos llevamos, que creemos alimentar en secreto y que en secreto nos devora.

Pero la novela conoce todavía un círculo más profundo: Virginia abre las puertas de la alcoba, de ese último espacio privado del amor en el que el físico ha sido incapaz de poseerla sin ausencias a pesar de "la violenta procacidad corporal" con la que ella se le entrega, "perdidos en una noche de los sentidos que era toda claridad", y desde ese momento el relato puede ser cualquier cosa.

Foucault afirma en *Las palabras y las cosas* que "el pensamiento moderno avanza en esta dirección en la que lo Otro del hombre debe convertirse en lo mismo de él". Lo otro del físico es Virginia y es él mismo, y su lucha es hacer posible la aparición de lo inasible, de aquello que, como leemos en la última página, "es nuestro más allá de nosotros".

Por eso *La vida perdurable* es en gran medida un relato acerca del espacio: un intento de rendir esa distancia que hay, no ya únicamente entre nosotros y la persona amada, sino entre nosotros y nosotros mismos. No se trata ya de atrapar una presencia lejana, sino de ceder el paso a esa presencia inmediata, que nos quema, que permanece aferrada inseparablemente a nuestro yo. Tampoco se trata, como en *El libro*, de la necesidad de acallar un vacío, sino de la imposibilidad de silenciar una plenitud.

Formalmente, una de las cualidades indiscutibles de la novela es que va transformándose, va llegando a ser página por página, y sólo adquiere su significado total en la última frase: la verdadera lectura empieza cuando cerramos el libro, que constituye, entre otras cosas, una memorable lección de rigor estilístico.

García Ponce maneja sus instrumentos de un modo impecable. En su prosa todo tiene su lugar y su sentido: lo mismo lo que se dice que lo que se calla. En un espléndido contrapunto, el autor ha sabido atrapar un relato siniestro con un estilo limpio y medurado. Aunque de exaltada perfección, se trata en el fondo de un estilo furtivo, silencioso. Pero este silencio llega precedido de un lenguaje, y le pone cerco a una serie de realidades que van brotando conforme esa voluntad de callar se estrecha. Es un silencio que dice.

De esta manera, Juan García Ponce ha perdido la oscuridad de todo un mundo y nos ha dejado a las puertas abiertas de otro. En ese momento, él se detiene. Lo que de ahora en adelante penetra por esas puertas es ya por cuenta y riesgo del lector.

diálogo

diálogo con gerardo de la torre autor de ensayo general

por Humberto Musacchio

Si bien la mayoría de nuestros escritores jóvenes se ha significado por exponer los problemas de una pequeña burguesía en aparente expansión, hay otros, muy pocos, que toman su materia prima de estratos menos representativos para ese mundillo de rock, drogas y sexo mal digerido. Sin negar la importancia que tengan esos temas, es evidente que la gran literatura de nuestro momento, la mejor literatura que hagan los jóvenes de esta generación —que vivió y murió en Tlatelolco— habrá de recoger ese México que quisieron conocer en 1968.

La primera obra de tal corte, por desgracia o por ventura, no vino de un escritor con antecedentes universitarios. *Ensayo general*, obra que trata algunos problemas de la clase obrera; que mira la vida agónica de las vecindades capitalinas; que habla de la empleadita de ilusiones deshechas por la sociedad; que habla, en fin, de la corrupción en este país, pone en el centro a dos amigos que en medio de toda esa basura lucharán por realizarse.

El autor es Gerardo de la Torre, conocido por la publicación de cuentos en algunas revistas culturales y su inclusión en la antología realizada por Xorge del Campo y Margo Glantz, donde presentaba dos relatos que, pese a defectos evidentes, mostraban las enormes posibilidades que tenía de convertirse en un escritor a secas y abandonar la posición de aspirante donde los colocaba el adjetivo —que no sustantivo— de *jóvenes* que se iniciaban en las letras.

Gerardo publicó por ahí un reducido volumen, también de cuentos, bajo el título de *El otro diluvio*. No tuvo mayor éxito porque para quienes siguen la huella de los no consagrados era de esperarse algo más definitivo. Ahora, sin afirmar que su novela sea una obra maestra, está la presencia de un hombre que con mucha seriedad ha entendido la vocación literaria.

La parquedad de su producción no ha impedido los reconocimientos. Fue becario del Centro Mexicano de Escritores hace dos o tres años; Margo Glantz, a propósito del cuento que da nombre al volumen citado, señala que alcanza "la precisión y la cuadratura de un cuento de Arreola o Borges conservando características personales"; Seymour Menton lo menciona en *El cuento hispanoamericano*, celebrada antología que no tiene paralelo hasta hoy.

Antes dijimos que no se trata de una persona con antecedentes universitarios. El autor tiene muchos años trabajando como obrero en la refinería de Azcapotzalco,

donde es mecánico. Ese contacto con trabajadores de carne y hueso, con su existencia ruda, con sus debilidades y con sus luchas, le permite como a nadie interiorizar al lector en problemas a los que rara vez se asoma la narrativa de este país.

Antes de dejarle la palabra al entrevistado, creemos una obligación señalar algunos defectos y virtudes de *Ensayo general*. Hay pasajes donde falta fluidez a las frases lo que seguramente llevará a De la Torre a afinar su manejo del lenguaje en obras posteriores; no saca partido de algunas descripciones que son literalmente exprimidas por la mayoría de los escritores, como las escenas eróticas y otras donde por extremo se llega a la cursilería; la construcción de saltos "hacia atrás y hacia adelante" como diría Anderson Imbert, no es mala, pero hay secuencias que se antojan caprichosamente recortadas y otras demasiado largas y redundantes para los objetivos de la narración. Hasta ahí lo que nos parece defectuoso.

A cambio de los problemas técnicos no resueltos, Gerardo cierra la novela de modo admirable, lo que minimiza los errores de construcción. Sin embargo —volvemos a lo negativo—, el suicidio final de uno de los personajes nos parece superfluo porque ya antes había dado salidas tácitas muy superiores a esa muerte. Un mérito relevante es la manera en que Gerardo de la Torre se mantiene al margen de las consideraciones partidarias; no hay asomo de panfletismo en la obra; la novela vale por sus cualidades literarias no por las implicaciones políticas que pueda tener. Como decíamos, ahí se presenta la lucha de dos seres por realizarse, ubicarse dentro de este mundo. Y si el mundo presenta adversidades de corte social, político, no es de ninguna manera culpa del autor. Este cumple con mostrar las cosas como las ve y como las entiende... Y pasamos, ahora sí, a la entrevista.

—¿Por qué se te ocurrió escribir una novela del tipo de *Ensayo general*?

—No se me "ocurrió" escribir esa novela. Sólo tenía a la mano el movimiento obrero, los sindicatos; eran los elementos con que contaba.

—¿Por qué los tenía a la mano?

—Por los diecisiete años que he trabajado en la refinería de Azcapotzalco, por la militancia en la oposición obrera y en las luchas sindicales, las de 58-59, por ejemplo.

—¿Consideras que la tuya es una "novela obrera"?

—No es una novela obrera, sino que